



Tendencias recientes en los precios mundiales de los productos alimenticios básicos: costos y beneficios

Tendencias pasadas y futuras de los precios mundiales de los alimentos

Mensaje principal

Es probable que los precios de los alimentos sigan siendo elevados y volátiles. La demanda de los consumidores en los países con economía en rápido crecimiento aumentará, la población continúa creciendo, y si prosigue la expansión de los biocombustibles el sistema alimentario se verá sometido a demandas adicionales. En el lado de la oferta, se plantean desafíos debido a la creciente escasez de los recursos naturales en algunas regiones y a la disminución de las tasas de crecimiento de los rendimientos de algunos productos básicos. La volatilidad de los precios de los alimentos podría incrementarse debido a los vínculos más estrechos entre los mercados agrícolas y energéticos, así como a la mayor frecuencia de las perturbaciones causadas por fenómenos meteorológicos.

Los precios de los productos alimenticios básicos en los mercados mundiales, ajustados en función de la inflación, disminuyeron considerablemente en el período comprendido entre el decenio de 1960 y comienzos del decenio de 2000, cuando alcanzaron un mínimo histórico (Figura 3). Subieron lentamente de 2003 a 2006 y luego sufrieron un brusco aumento entre 2006 y mediados de 2008 antes de disminuir en el segundo semestre de ese año. El aumento repentino de los precios sorprendió a muchos y suscitó una mayor preocupación sobre la capacidad de la economía alimentaria mundial para proporcionar alimentos suficientes a miles de millones de personas, ahora y en el futuro. Aunque los distintos observadores atribuyen diferentes grados de importancia a las diversas causas, existe un consenso relativamente sólido acerca de que múltiples factores influyeron en el aumento de los precios que comenzó en 2003³. Estos incluyen:

- perturbaciones meteorológicas como la sequía de Australia (2005-07), que redujo la producción y el comercio de trigo;

- las políticas dirigidas a promover la utilización de biocombustibles (aranceles, subvenciones y niveles de uso obligatorios) que aumentaron la demanda de maíz y aceites vegetales;
- la depreciación del dólar estadounidense;
- el crecimiento económico a más largo plazo en varios grandes países en desarrollo, que: a) ejerció una presión alcista sobre los precios del petróleo y los fertilizantes debido a que su crecimiento económico requería un uso intensivo de recursos y b) condujo a una mayor demanda de carne, y en consecuencia de piensos, a medida que se diversificaban los regímenes alimenticios;
- el aumento de los costos de producción (por ejemplo, en bombas de riego y maquinaria) y de transporte como consecuencia del incremento de los precios del petróleo y los fertilizantes;
- el crecimiento más lento del rendimiento (y la producción) de cereales, especialmente el arroz y el trigo, durante los últimos 20 años debido a la baja inversión en los tres decenios anteriores;
- el aumento de la demanda en los mercados de futuros de productos básicos como consecuencia de la especulación y de la diversificación de la cartera;
- los bajos niveles de existencias debido en parte a algunos de los factores señalados anteriormente;
- las políticas comerciales, por ejemplo prohibiciones de exportación y compras agresivas por parte de los gobiernos, que impulsaron a los productores a retener los suministros, a los proveedores a aumentar las existencias y a los consumidores a realizar compras motivadas por el pánico.

Cuando los precios bajaron en el segundo semestre de 2008, se albergó alguna esperanza de que se estabilizaran, aunque probablemente a un nivel más alto que antes de su fuerte aumento previo. Sin embargo, a mediados de 2010 comenzaron de nuevo a subir rápidamente (Figura 3). Ello

suscitó de nuevo preocupación por los precios altos y puso en primer plano la cuestión de la volatilidad; aparentemente los precios mundiales de los productos alimenticios estarán expuestos en el futuro a reiterados altibajos.

¿Continuarán en el futuro el alza de los precios y el aumento de la volatilidad? En cuanto a los precios se refiere, numerosos modelos de proyección a largo y medio plazo sugieren que los precios de los productos alimenticios básicos seguirán siendo relativamente elevados durante el próximo decenio aproximadamente. Por ejemplo, en el número de 2011 de la publicación *Perspectivas Agrícolas* de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO)⁴ se prevé que los precios mundiales del arroz, el trigo, el maíz y las semillas oleaginosas en el lustro comprendido entre 2015-16 y 2019-20 serán un 40 %, un 27 %, un 48 % y un 36 % superiores en términos reales, respectivamente, en comparación con el lustro de 1998-99 a 2002-03.

RECUADRO 1

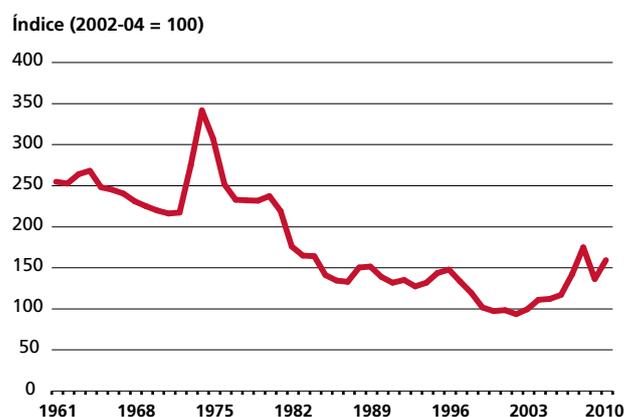
Algunos conceptos clave: el nivel, la volatilidad (variabilidad) y la imprevisibilidad de los precios

Al analizar los precios de los alimentos es importante distinguir entre varios conceptos relacionados entre sí, pero diferentes. En primer lugar, es fundamental diferenciar entre el nivel medio y la variabilidad (volatilidad¹) de los precios en un determinado período de tiempo. Es posible que los precios medios cambien sin que se modifique la variabilidad. Ello podría suceder fácilmente si un país importador de alimentos tuviera que imponer un arancel constante sobre las importaciones; el arancel encarecería los alimentos, pero en la mayoría de las circunstancias no tendría ningún efecto sobre la variabilidad de los precios internos. A la inversa, también es posible que se produzca un cambio en la variabilidad de los precios sin que esto afecte a su nivel medio. Tal sería el caso, por ejemplo, si el clima se volviera más variable pero el volumen promedio de la producción de alimentos siguiera siendo el mismo.

Dicho esto, los niveles de los precios y su volatilidad están relacionados entre sí, ya que ambos están determinados por la oferta y la demanda. Además, los precios altos suelen estar vinculados con una volatilidad elevada. Inicialmente, los precios altos alientan a las personas a reducir sus existencias, lo cual puede moderar las fluctuaciones de los precios que de otro modo habrían causado las crisis de la oferta y la demanda. Sin embargo, al disminuir las existencias el sistema se vuelve vulnerable a nuevas crisis de la oferta o la demanda; la ausencia de existencias reguladoras supone que la variación de los precios tenderá a ser mayor que si se contara con tales

FIGURA 3

Aparte del pico registrado en el decenio de 1970, el costo de los alimentos se redujo desde comienzos del decenio de 1960 hasta 2002, cuando comenzó una tendencia al alza



Notas: Índice de precios de los alimentos de la FAO, ajustado en función de la inflación, 1961-2010, calculado usando los precios internacionales de los cereales, las semillas oleaginosas, la carne, los productos lácteos y el azúcar. El índice oficial de precios de los alimentos de la FAO se viene calculando únicamente desde 1990; en esta figura se ha ampliado a 1961 utilizando datos aproximados sobre precios. Este índice mide las fluctuaciones de los precios internacionales, no de los precios internos. El deflactor del producto interno bruto de los Estados Unidos de América se utiliza para expresar el índice de los precios de los alimentos en términos reales, en lugar de nominales. Fuente: FAO.

existencias. A pesar de esta relación, es importante distinguir ambos conceptos. En un caso, los precios pueden ser elevados pero estables. En el otro, los costos y los beneficios de los precios altos y de la volatilidad son muy diferentes, como se señala en los epígrafes "Costos y beneficios de los precios altos y bajos de los alimentos" y "Costos y beneficios de los precios volátiles e imprevisibles".

Es preciso asimismo distinguir entre variabilidad e imprevisibilidad. Los precios fluctúan por muchas razones, pero determinadas variaciones son, en gran medida, previsibles. El ejemplo clásico de modificación previsible de los precios de los alimentos es la variación estacional: los precios son más bajos durante la cosecha e inmediatamente después, y más elevados inmediatamente antes de la misma. Si bien las variaciones estacionales no son exactamente constantes de año en año, a menudo son similares entre un año y el siguiente. Las perturbaciones climáticas, en cambio, suelen ser imposibles de prever y pueden conducir a variaciones no pronosticables de los precios, especialmente si las existencias iniciales son bajas. Por tanto, ciertos cambios de los precios son relativamente fáciles de prever mientras que otros lo son mucho menos. Las variaciones previsibles de los precios comportan diferentes costos y beneficios con respecto a aquellas que son imprevisibles.

¹ Los términos "variabilidad", "inestabilidad" y "volatilidad" se utilizan como sinónimos en este informe.

Se prevé un aumento de los precios en general debido a que el crecimiento constante de la población y de la economía ejercerá una presión alcista sobre la demanda, así como a la mayor utilización prevista de biocombustibles como consecuencia de las políticas en la materia y del precio del petróleo. En el lado de la oferta, si los precios del petróleo siguen aumentando, los costos de producción agrícola se incrementarán, lo cual contribuirá al encarecimiento de los alimentos. Las limitaciones de recursos naturales, y sobre todo el cambio climático y la escasez de tierras productivas y agua disponibles en algunas regiones, plantean importantes retos para la producción de alimentos a precios asequibles⁵. Un aspecto más positivo es que todavía existe un potencial considerable para aumentar la productividad de los cultivos mediante las nuevas tecnologías y la mejora de la extensión, así como para reducir las pérdidas en la cadena productiva. Sin embargo, estos beneficios no se materializarán sin una mayor inversión. También es posible una expansión de las tierras cultivables en África, Asia central, América Latina y Ucrania pero, una vez más, ello dependerá de una inversión adecuada. Por otra parte, la expansión de las tierras puede tener asimismo consecuencias ambientales negativas.

También hay argumentos convincentes que sugieren que, además de ser más elevados, los precios de los productos alimenticios básicos serán más volátiles en el futuro. Si aumenta la frecuencia de los fenómenos meteorológicos extremos, las crisis de la producción serán más frecuentes, lo cual contribuirá a que los precios sean más volátiles. Además, las políticas en materia de biocombustibles han establecido nuevos vínculos entre el precio del petróleo y el de los productos alimenticios básicos. Al aumentar los precios del petróleo se incrementará la demanda de biocombustibles, lo cual

encarecerá los alimentos, y lo contrario cuando disminuyan los precios del petróleo⁶. Debido a que los precios mundiales del petróleo han sido históricamente más volátiles que los de los productos alimenticios, el mercado mundial de alimentos puede también experimentar una mayor volatilidad. La mayor participación en los mercados financieros (por ejemplo, por medio de fondos de pensiones) en los que se comercia con fondos indicadores de productos básicos podría conducir también a un aumento de la volatilidad, aunque esta cuestión se ha debatido acaloradamente sin que se haya llegado a un consenso claro al respecto.

Si bien no es posible saber con certeza en qué medida podrán aumentar los precios o su volatilidad en el futuro, los riesgos vinculados a unos precios más altos y una volatilidad mayor son lo suficientemente elevados como para justificar un esfuerzo considerable por comprender qué puede hacerse a fin de reducir la probabilidad de esos aumentos o controlar las consecuencias si son inevitables. Al examinar las opciones más adecuadas para contrarrestar los precios altos o volátiles es pertinente recordar, sin embargo, que el nivel y la volatilidad de los precios son el resultado de diversos vectores que afectan a la oferta y la demanda. Además, en este informe se hace hincapié en que las causas y los efectos de los precios elevados o volátiles son complejos porque dependen notablemente del contexto específico, es decir, el producto objeto de examen, los factores concretos que afectan a la transmisión de precios en diversas circunstancias (políticas, tipos de cambio, dependencia de las importaciones), las características demográficas de los hogares y sus modalidades de producción y consumo, así como muchas otras variables. Por tanto, un mensaje fundamental es que las intervenciones en materia de políticas deberían tener en cuenta el contexto específico en el que han de aplicarse.

RECUADRO 2

Cómo medir la volatilidad de los precios

La forma más sencilla de medir la volatilidad de los precios es por medio del coeficiente de variación (CV), esto es, la desviación estándar de los precios durante un determinado período de tiempo dividida por el precio medio durante el mismo intervalo. Una de las ventajas de esta medida es que no tiene unidades. Ello hace que sea fácil comparar, por ejemplo, la volatilidad de los precios internos estimados en diferentes países. Sin embargo, el CV puede inducir a error si los datos registran tendencias marcadas, porque sus desplazamientos se incluirán en el cálculo de la volatilidad. Por otra parte no existe ningún método aceptado universalmente para eliminar el

componente de tendencia ya que diferentes observadores tendrán diversas concepciones sobre la naturaleza de la tendencia subyacente (por ejemplo, lineal o cuadrática).

Como alternativa al CV, los economistas utilizan con frecuencia la desviación estándar de las variaciones en el logaritmo de los precios¹. Esta ecuación tampoco tiene unidades, pero se ve menos afectada por las tendencias marcadas a lo largo del tiempo.

¹ C.L. Gilbert y C.W. Morgan. 2010. Review: Food price volatility. *Philosophical Transactions of the Royal Society B*, 365: 3023 a 3034.

RECUADRO 3

Vendedores y compradores netos de alimentos

En el plano de los hogares, los conceptos de vendedor y comprador neto de alimentos son exactamente análogos a los de exportador e importador neto de alimentos cuando se habla de países. La situación de un hogar en concreto se determina restando el valor de los alimentos que consume (incluidos los de su propia producción) del valor de los alimentos que produce¹. Este cálculo tiene implícitamente en cuenta los costos de comercialización y la variación estacional, ya que utiliza los precios al productor para valorar la producción y los precios al por menor para valorar el consumo. Por ejemplo, un hogar puede ser un vendedor neto de alimentos en el período de la cosecha y un comprador neto en otros momentos. Por otra parte, un hogar podría de hecho producir anualmente más de lo que consume en términos cuantitativos y ser sin embargo, comprador neto de alimentos, si vende toda su producción durante la cosecha y vuelve a comprar en el mercado más adelante, ya que los precios al por menor son más altos que los precios al productor.

También es cierto que el hecho de que un determinado hogar sea vendedor o comprador neto de alimentos puede depender del nivel general de los precios en el mercado. Precios altos desalientan el consumo, fomentan una mayor producción y pueden llevar a que algunos hogares que son compradores netos se conviertan en vendedores netos. La disminución de los precios podría tener el efecto opuesto. No

obstante, cabe señalar que esta "segunda ronda de efectos" suele tener repercusiones marginales; un hogar podría pasar de pequeño comprador neto a pequeño vendedor neto, pero no a gran vendedor neto². De hecho, se ha señalado que este fenómeno tiene únicamente efectos menores en cuanto a la repercusión de los precios más elevados en la pobreza³.

Este método de evaluar las consecuencias de las variaciones de los precios en función de si un hogar es comprador o vendedor neto de alimentos puede utilizarse para determinar el efecto de las variaciones de los precios de los productos alimenticios, pero no los de las fluctuaciones simultáneas de los precios de los alimentos y los insumos (por ejemplo, los fertilizantes). Si los precios de los fertilizantes aumentan al mismo tiempo que los de los alimentos, los efectos netos sobre los agricultores tendrán que evaluarse a partir de datos sobre los costos de producción (para más información a este respecto, véase el epígrafe "¿Se compensa el encarecimiento de los fertilizantes con el incremento de los precios al productor?").

¹ N. Minot y F. Goletti. 1998. Rice export liberalization and welfare in Vietnam. *American Journal of Agricultural Economics*, 80(4): 738 a 749.

² *Ibidem*.

³ A. Zezza, B. Davis, C. Azzarri, K. Covarrubias, L. Tasciotti y G. Anriquez. 2008. *The impact of rising food prices on the poor*. Documento de trabajo n.º 08-07 de la ESA. FAO. Roma (disponible en: <ftp://ftp.fao.org/docrep/fao/011/aj284e/aj284e00.pdf>).




Costos y beneficios de los precios altos y bajos de los alimentos

Mensaje principal

A corto plazo, los beneficios de los precios altos van principalmente a los agricultores que disponen de un gran excedente para comercializar, y estos agricultores no son los más pobres de entre los pobres. Además, las personas más pobres suelen comprar más alimentos de los que venden. Por tanto, los precios de los alimentos suelen agravar la pobreza, la inseguridad alimentaria y la malnutrición. Sin embargo, los precios elevados representan una oportunidad para estimular la inversión a largo plazo en la agricultura, lo cual contribuirá a la seguridad alimentaria sostenible a más largo plazo.

Examinemos en primer lugar los efectos de los precios altos (o bajos). Los precios de los productos alimenticios básicos tienen dos tipos de consecuencias: en primer lugar, los precios del mercado internacional pueden influir en las variables macroeconómicas nacionales, tales como la balanza de pagos, el déficit presupuestario y los tipos de cambio, mientras que los precios internos afectan a la pobreza, el consumo calórico y la nutrición de los individuos. (Los vínculos entre los precios nacionales e internacionales se examinan en detalle en el apartado "Enseñanzas de la crisis alimentaria mundial de 2006-08".)

■ Efectos macroeconómicos

Los efectos macroeconómicos de los precios de los productos básicos son importantes porque afectan a los ingresos per cápita, que en última instancia son un factor determinante del nivel de vida de las personas y de las familias.

En general, los precios elevados de los productos alimenticios básicos en el mercado internacional reportan beneficios a los países que exportan dichos productos, mientras que los precios bajos favorecen a los países importadores. Si se dejan de lado por un momento las consideraciones relativas a la volatilidad, se trata básicamente de un juego de suma cero a corto y medio plazo: los exportadores se benefician a expensas de los importadores y viceversa. A largo plazo, sin embargo, el aumento de los precios podría comportar que determinados países importadores invirtieran en la agricultura y redujeran las importaciones, o incluso que se convirtieran en exportadores. Esa inversión es esencial para el desarrollo del sector agrícola y para la reducción sostenible de la pobreza y la inseguridad alimentaria.

Los efectos en la balanza de pagos y el tipo de cambio serán mayores en los países en los que el comercio de alimentos constituye una parte fundamental de las exportaciones o de las importaciones. Los países que exportan una gran proporción de su producción se benefician más cuando los precios son elevados, mientras que aquellos que importan una gran proporción de los alimentos que consumen son los más

perjudicados por los altos precios. Sin embargo, las condiciones comerciales también revisten importancia. Por ejemplo, un país que exporta petróleo o metales quizá no necesite producir una cantidad mayor de esos bienes para compensar los precios elevados de los alimentos si el precio de sus exportaciones se incrementa más que el de las importaciones de productos alimenticios.

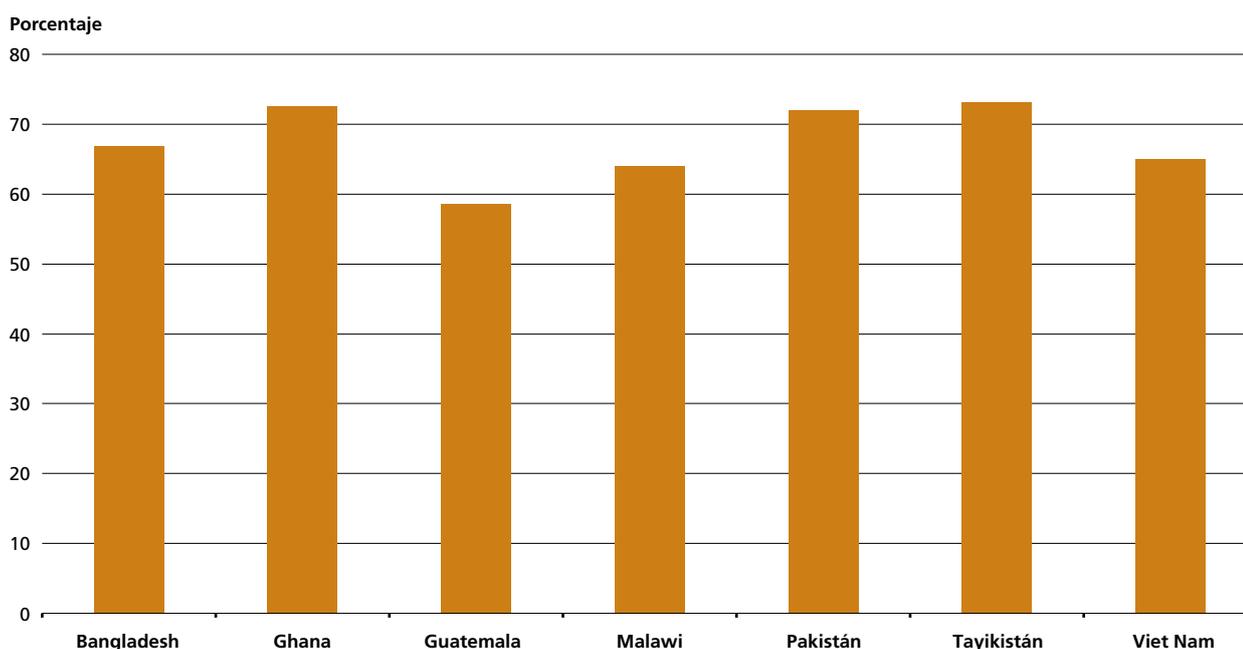
En cuanto a los efectos fiscales, las repercusiones de los precios de los alimentos serán mayores en los países en que las subvenciones alimentarias representen una partida importante del presupuesto. Para los importadores, los costos de la subida de los precios tendrán repercusiones fiscales directas si las subvenciones no solo se mantienen sino que se incrementan para contrarrestar los aumentos de los precios. Por otra parte, incluso en los países exportadores que subvencionan el consumo interno habrá importantes consecuencias en cuanto a los costos de oportunidad. En ambos casos, las subvenciones elevadas pueden reducir los fondos disponibles para la inversión en bienes públicos como la investigación agrícola, la educación, la salud y las carreteras. La disminución del gasto en estas áreas puede reducir a largo plazo el crecimiento económico, como ha sucedido de hecho en América Latina⁷.

■ Repercusiones para los hogares

Las poblaciones pobres gastan la gran mayoría de sus ingresos en productos alimenticios (Figura 4), mientras que

FIGURA 4

Las poblaciones pobres gastan gran parte de sus ingresos en alimentos



Nota: Porcentaje del presupuesto de los hogares destinado a la compra de alimentos por el quintil de la población con menores gastos. Fuente de los datos primarios: Proyecto de la FAO sobre actividades generadoras de ingreso rural.

muchos agricultores obtienen una parte considerable de sus ingresos de la producción de alimentos. Esto hace pensar que las variaciones de los precios de los alimentos tendrán notables consecuencias en el bienestar de los agricultores y los consumidores más pobres.

Con objeto de comprender la importancia de los precios de los alimentos para el bienestar, la pobreza y la seguridad alimentaria, es pertinente distinguir entre vendedores y compradores netos de alimentos. Un vendedor neto de alimentos es alguien para quien el valor total de los alimentos que produce excede el valor total de los que consume, mientras que para un comprador neto de alimentos ocurre lo contrario. Los compradores netos de alimentos en general se verán afectados por el encarecimiento de los alimentos, mientras que los vendedores netos de alimentos se beneficiarán de él (véase el Recuadro 4).

Los conceptos de vendedor y comprador neto de alimentos se distinguen claramente de los de hogar

rural o urbano. Casi todos los habitantes de las zonas urbanas son compradores netos de alimentos; lo que tal vez resulte sorprendente es que también lo sea la mayoría de los habitantes de las zonas rurales. Los productores y los agricultores a escala muy pequeña suelen ser compradores netos de alimentos ya que no producen lo suficiente para sus familias. Por tanto, tienen que comprar los alimentos en el mercado, de manera que es probable que se beneficien de los precios más bajos (véase más adelante, sin embargo, el examen de los posibles efectos del incremento de los precios de los alimentos en los salarios rurales, que suelen ser una fuente importante de ingresos para los campesinos sin tierra). Los hogares rurales sin tierras o que poseen tierras escasas son los más pobres de entre los pobres, y un porcentaje desproporcionado de ellos está encabezado por mujeres.

En las zonas urbanas, la subida de los precios de los alimentos puede perjudicar notablemente a los pobres

RECUADRO 4

Los bosques y la seguridad alimentaria

La superficie forestal mundial es aproximadamente de 4 000 millones de hectáreas, y aún representa alrededor del 30 % de la superficie total de tierras de nuestro planeta¹. Es sabido que los bosques proporcionan numerosos servicios ambientales indispensables, ya que contribuyen a la gestión del agua y a conservar la biodiversidad y sirven de sumidero de carbono para mitigar el calentamiento mundial. Además, los bosques desempeñan un papel importante en la seguridad alimentaria de 1 000 millones de entre los habitantes más pobres del planeta, al proporcionar alimentos o ingresos en efectivo a través de una vasta gama de productos como los ñames silvestres, la carne de caza, los insectos comestibles, frutos, hojas, setas, nueces, miel y productos medicinales. Los bosques proporcionan además numerosas materias primas no alimentarias, como el bambú, el rotén, las fibras de palma y resinas, que pueden utilizarse para la construcción de refugios, ser vendidas en los mercados locales o destinarse a forraje para el ganado².

Las personas cuya seguridad alimentaria depende de los bosques son a menudo muy vulnerables al aumento de los precios de los alimentos porque adquieren en el mercado la mayor parte de los alimentos que consumen. Para estos grupos que viven de la recolección y de la caza, el incremento de los

precios de los alimentos significa que deben extraer más productos de los bosques ya sea para venderlos en los mercados locales (a fin de obtener dinero suficiente para comprar esos alimentos más caros) o para intercambiarlos mediante trueque. Los precios alimentarios más altos pueden por eso tener un efecto directo en la calidad de los bosques, así como en la conservación y la supervivencia de especies forestales fundamentales (principalmente de fauna y plantas medicinales).

Para esas personas, el cultivo no constituye una alternativa, ya que no poseen tierras cultivables ni tienen acceso a ellas. En vista de las preocupaciones sobre el cambio climático y las pérdidas de biodiversidad, recurrir a nuevos desmontes tampoco constituiría una alternativa atractiva. Así pues, la gestión forestal sostenible es fundamental para su seguridad alimentaria. Cada vez más se necesitará la gestión de los bosques no solamente en función de su producción maderera, sino también a fin de obtener un suministro mayor y más sostenible de productos forestales comestibles no madereros y de potenciar los numerosos servicios que bosques y árboles proporcionan al sector agrícola.

¹ FAO. 2010. *Evaluación de los recursos forestales mundiales 2010*. Roma.

² Para más información, véase <http://www.fao.org/forestry/nwfp/es/>.

ya que, por lo general, en ellas se producen escasos alimentos y estos suelen representar una gran proporción de los gastos de los pobres. Con objeto de hacer frente a la reducción de la renta disponible como resultado del encarecimiento de los alimentos, las familias emprenden nuevas actividades económicas, venden activos o se endeudan con el fin de mitigar la disminución del consumo. También suelen reducir los gastos en salud y educación, además de cambiar sus pautas alimentarias para pasar a productos más baratos (amiláceos), abandonando alimentos ricos en micronutrientes tales como la leche, la carne o las frutas y hortalizas⁸. También se reducirá el aporte calórico en los casos en que las personas son tan pobres que no pueden permitirse la misma cantidad de calorías a los nuevos precios más elevados.

En las zonas rurales el incremento de los precios de los productos alimenticios suele tener menores efectos negativos en los compradores netos de alimentos, puesto que numerosos hogares producen una parte importante de lo que consumen y, por tanto, solo son compradores de alimentos en medida marginal. Por otro lado, los agricultores que son vendedores netos de alimentos probablemente se beneficiarán de la subida de los precios que, en igualdad de las demás condiciones, tenderá a acrecentar sus ingresos. Habida cuenta de que muchos agricultores son pobres, el aumento de los precios podría coadyuvar a reducir la pobreza y a mejorar la seguridad alimentaria. Sin embargo, hay que tener en cuenta también que los agricultores con más excedentes de producción para vender se beneficiarán en mayor medida de los precios altos que los que solo disponen de un excedente pequeño. Además, en la mayoría de los contextos (aunque no en todos), los agricultores con más tierras suelen gozar de una mejor situación económica que aquellos que disponen únicamente de una pequeña parcela, por lo que puede suceder que los agricultores más pobres no reciban la mayor parte de los beneficios de unos precios más elevados de los alimentos. En general es más probable que los precios de los alimentos elevados tengan efectos beneficiosos en la pobreza en países con una distribución relativamente equitativa de la tierra.

Otro posible efecto importante de los precios de los alimentos sobre la pobreza y la seguridad alimentaria tiene lugar a través del mercado laboral y los salarios. El alza de los precios de los alimentos estimula la demanda de mano de obra no cualificada para trabajar en las explotaciones agrícolas, lo cual podría redundar en un aumento de los salarios rurales a largo plazo. Ello beneficiaría a los hogares cuyos ingresos dependen del trabajo asalariado (que suelen ser muy pobres). Sin embargo, los datos de que se dispone en este sentido

no son concluyentes, y dependen de la importancia de la agricultura en la economía en general y de cuántos años tardan en realizarse los ajustes salariales⁹. El canal del mercado laboral merece un estudio en mayor profundidad, ya que se dispone de poca información respecto de sus efectos en la pobreza y la seguridad alimentaria.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, ¿qué muestran los datos sobre las repercusiones de los precios elevados en la pobreza? Los ingresos promedio de los compradores netos de alimentos son mayores que los de los vendedores netos de alimentos en la mayoría de los países en desarrollo; por consiguiente, los precios elevados de los productos alimenticios transferirían beneficios de las personas con una renta superior a aquellas con ingresos inferiores¹⁰. Sin embargo, se llega a esta conclusión al dividir la población en dos grupos únicamente: los estudios que utilizan un desglose de datos más detallado casi siempre muestran que el 20 % más pobre de la población es comprador neto de alimentos, mientras que los agricultores que cuentan con excedentes se encontrarían en un lugar intermedio de la distribución de los ingresos. Por ejemplo, los precios más elevados de los alimentos incrementaron la pobreza en siete de los nueve países estudiados, a excepción únicamente del Perú y Viet Nam¹¹. Este último país es un exportador importante de arroz con una distribución relativamente equitativa de la tierra; por ello, numerosos hogares vietnamitas producen un excedente de arroz pese a ser, de todas formas, relativamente pobres. En el Perú, las repercusiones beneficiosas fueron muy escasas. En todos los demás países de la muestra (Bolivia, Camboya, Madagascar, Malawi, Nicaragua, el Pakistán y Zambia), la subida de los precios aumentó la pobreza, aun tomando en consideración la mayor demanda de mano de obra. Otro estudio llegó a conclusiones similares: los pobres se vieron perjudicados por los precios más elevados en todos los países estudiados (Albania, Bangladesh, Ghana, Guatemala, Malawi, Nepal, Nicaragua, el Pakistán, Panamá, Tayikistán y Viet Nam), a excepción de los habitantes de las zonas rurales de Viet Nam¹². Este estudio, que no examinó los efectos en el mercado laboral pero tomó en cuenta las respuestas de la oferta y la demanda, llegó a la conclusión de que los precios altos de todas formas perjudicaban a los pobres. El alza de los precios también agravó la pobreza en Guatemala, Honduras, Nicaragua y el Perú¹³. Un examen de numerosos estudios relacionados con el arroz (que incluyen a Indonesia, Filipinas y Tailandia) observó que el quintil más pobre de la población era casi siempre comprador neto de arroz¹⁴. En conjunto, estos estudios muestran que el 20 % más

pobre de la población es vendedor neto de alimentos solo en circunstancias excepcionales¹⁵.

Diferentes tipos de estudios refuerzan aún más la idea de que los precios de los alimentos perjudican a los pobres de diversas formas, y no solo situándolos por debajo del umbral de la pobreza. En términos generales, el aporte calórico se ve menos afectado que la diversidad de la alimentación y el consumo de proteínas y micronutrientes. A modo de ejemplo, cuando los precios del arroz aumentaron en Indonesia durante la crisis financiera asiática de finales del decenio de 1990, los hogares redujeron las compras de alimentos más nutritivos, como huevos y hortalizas verdes, para poder seguir adquiriendo arroz¹⁶. Esto llevó a un descenso apreciable de los niveles de hemoglobina en la sangre de los niños pequeños (y de sus madres), lo cual incrementó la probabilidad de que sufrieran daños en su desarrollo. Además, las madres de familias pobres respondieron reduciendo su ingesta calórica para alimentar más adecuadamente a sus hijos, lo cual condujo a un mayor debilitamiento materno. También se observó una correlación negativa entre los precios del arroz y el estado nutricional en Bangladesh¹⁷. La altura por edad entre los niños menores de tres años en El Salvador se redujo durante la crisis alimentaria de 2006-08, aunque este efecto se mitigó en cierta medida en el caso de las familias con acceso a remesas de emigrantes en el extranjero¹⁸. El peso para la edad no disminuyó, lo cual sugiere que se redujo el consumo de nutrientes esenciales, pero no el aporte energético. En algunas situaciones, sin embargo, puede disminuir incluso el aporte energético, además de la diversidad de la alimentación¹⁹.

Además, el encarecimiento de los alimentos parece tener un efecto negativo desproporcionado en los hogares que están a cargo de una mujer, por dos razones²⁰. En primer lugar, estos hogares suelen tener menos acceso a tierras y otros recursos, a menudo debido al derecho consuetudinario y la discriminación social y, por consiguiente, son menos propensos a ser vendedores netos de alimentos. En segundo lugar, estas familias suelen ser también más pobres, lo que significa que gastan una mayor proporción de sus ingresos en alimentos y se ven más perjudicadas por los precios elevados.

Además de afectar a los distintos tipos de hogares de manera diferente, las variaciones de los precios de los alimentos influyen también en los diversos miembros del hogar de forma desigual. Por ejemplo, la tasa de actividad femenina puede aumentar considerablemente durante las crisis económicas²¹, por ejemplo en los casos en que los hombres emigran en busca de un empleo mejor²². La carga de trabajo adicional resultante restringe el tiempo de que las

mujeres disponen para realizar el trabajo doméstico y atender a los niños²³. Además, la mortalidad de las niñas lactantes también aumenta más que la de los varones durante las crisis²⁴.

Si bien los precios de los alimentos perjudican a los pobres en la mayoría de los casos, ello no es un argumento a favor de subvenciones generalizadas a los mismos. Esas subvenciones son a menudo difíciles de retirar desde el punto de vista político y pueden agotar los fondos presupuestarios del Estado que se necesitan para invertir en bienes públicos como la investigación agrícola, los caminos rurales, la educación, la salud y el saneamiento. Las subvenciones generalizadas a los precios también suelen ser en general regresivas, en el sentido de que la mayor parte de sus beneficios recaen en personas acomodadas que, a pesar de gastar una parte menor de su presupuesto en alimentos con respecto a los pobres, emplean en total comparativamente más dinero para adquirirlos.

Ahora bien, si las subvenciones generales no son la respuesta, ¿cuál es la manera más acertada de ayudar a mitigar los efectos negativos del encarecimiento de los alimentos? A corto plazo, una opción es dirigir las redes de seguridad a las personas más vulnerables (véase el epígrafe "Cómo hacer frente a la volatilidad de los precios cuando ya existe: redes de seguridad selectivas y reservas alimentarias de emergencia", página 44). A largo plazo, la mejor manera de bajar los precios de los alimentos es invertir en la agricultura; esta medida aumentará los rendimientos de manera sostenible, reducirá los costos de los insumos, incrementará la productividad y disminuirá las pérdidas y el desperdicio de alimentos. Estas inversiones pueden contribuir a que los alimentos sean más asequibles para los consumidores y más rentables para los agricultores, y constituyen la única forma de controlar los precios de los alimentos en beneficio de todos. En este sentido el remedio para los precios elevados pueden ser los precios elevados, a condición de que incentiven a los agricultores a adoptar mejores tecnologías y a los gobiernos nacionales, así como a los donantes internacionales, a incrementar los recursos financieros disponibles para la inversión en la agricultura (véase el epígrafe "Cómo prevenir la volatilidad de los precios a largo plazo: incremento de la productividad, la sostenibilidad y la capacidad de resistencia de la agricultura", página 47). Por tanto, si bien los precios altos hacen que el problema de la inseguridad alimentaria y la pobreza se agrave a corto plazo, brindan asimismo una oportunidad para la inversión y el crecimiento que puede reducir la inseguridad alimentaria y la pobreza a largo plazo.

RECUADRO 5

¿Por qué tanta preocupación por los altos precios después de años de inquietud por los precios bajos?

Antes de las últimas crisis financiera y alimentaria mundiales, numerosos observadores lamentaban que los precios mundiales de los alimentos fueran bajos y los señalaban como un problema para las poblaciones pobres de los países en desarrollo. Más recientemente, sin embargo, después del alza repentina de los precios de los alimentos, en la mayoría de los análisis se afirma que dichos precios más altos aumentan la pobreza. Ahora bien, ¿cómo es posible que tanto los precios altos como los precios bajos agraven la pobreza?¹

Una vía posible para conciliar estos puntos de vista divergentes sobre los precios altos y bajos sería distinguir entre los efectos de los precios a corto y largo plazo. A corto plazo, el alza de los precios agrava la pobreza porque en la mayoría de los países el 20 % más pobre de la población es comprador neto de alimentos. No obstante, si aumenta la inversión pública y privada a largo plazo como consecuencia de los precios más elevados de los alimentos, la mayor inversión puede incrementar la productividad y contribuir al crecimiento económico y la reducción de la pobreza. Sin embargo, ese resultado beneficioso no se derivará de una respuesta de la oferta a corto plazo resultante de una mayor utilización de mano de obra e insumos básicos tales como fertilizantes y plaguicidas.

Otra cuestión que hay que tomar en cuenta es que muchos de los beneficios del incremento de los precios mundiales irían a los grandes propietarios de tierras de países exportadores de ingresos medianos altos, pero esos agricultores no son pobres. Por tanto, incluso si los países en desarrollo se benefician de unos precios más altos, ello no quiere decir que la pobreza se reduzca; se requiere un análisis más desglosado, que examine las consecuencias para el valor de la tierra y los salarios en países concretos, así como un cuidadoso desglose de los patrones de gastos por grupo de ingresos.

También es importante tener en cuenta que la disponibilidad y el análisis de datos de encuestas por hogares se han incrementado notablemente en los últimos años y esto ha contribuido en parte al cambio de perspectiva con respecto a los precios altos y bajos. Además, algunas de las inquietudes relativas a los precios altos y bajos pueden describirse con mayor exactitud como preocupaciones por la

volatilidad de los precios, ya que las fluctuaciones marcadas de estos pueden perjudicar tanto a los agricultores como a los consumidores (véase más adelante el epígrafe "Costos y beneficios de los precios volátiles e imprevisibles").

Algunos estudios parecen respaldar la idea de que el aumento de los precios tiene efectos beneficiosos puesto que muestran, por ejemplo, que la liberalización del comercio agrícola reduciría la pobreza y aumentaría los precios mundiales de los alimentos. No obstante, una lectura atenta de algunos de estos estudios² revela un cuadro con más matices. En primer lugar, lo que reduce la pobreza es el mayor acceso a los mercados protegidos, no el aumento de los precios mundiales de los alimentos³. En segundo lugar, el aumento de los precios mundiales no significa necesariamente que los precios internos sean más elevados, y es esto último lo que afecta a las tasas de pobreza. Por consiguiente, una reducción de los obstáculos a la importación causaría una baja de los precios internos y al mismo tiempo un alza de los precios mundiales (por la mayor demanda de importaciones). Los precios internos más bajos reducirían la pobreza aunque hubieran aumentado los precios mundiales. En otras palabras, el incremento de los precios agrícolas mundiales y la reducción de la pobreza son dos resultados distintos de la liberalización del comercio; los precios elevados de los alimentos no reducen la pobreza.

¹ D. Rodrik. 2008. *Food prices and poverty? Confusion or obfuscation?* (disponible en: http://rodrik.typepad.com/dani_rodriks_weblog/2008/05/food-prices-and.html); J. Swinnen. 2010. *The right price of food: reflections on the political economy of policy analysis and communication*. Documento de debate n.º 259 de LICOS Centre for Institutions and Economic Performance, Katholieke Universiteit Leuven. Lovaina (Bélgica).

² Véase, por ejemplo, T.W. Hertel, R. Keeney, M. Ivanic y L.A. Winters. 2006. *Distributional effects of WTO agricultural reforms in rich and poor countries*. Documento de trabajo sobre investigaciones relativas a las políticas n.º 4060 del Banco Mundial. Washington, DC, Banco Mundial.

³ T.W. Hertel y W. Martin. 2008. Response to Dani Rodrik's blog post entitled 'Food prices and poverty? Confusion or obfuscation?' (disponible en: http://rodrik.typepad.com/dani_rodriks_weblog/2008/05/food-prices-and.html).



Costos y beneficios de los precios volátiles e imprevisibles

Mensaje principal

Cuando los precios fluctúan considerablemente, incluso si son tolerables en promedio, las crisis a corto plazo hacen que tanto los pequeños agricultores como los consumidores pobres sean vulnerables a las trampas de la pobreza a largo plazo. Además los pequeños agricultores tienen dificultades para invertir cuando las variaciones de los precios son imprevisibles.

A las repercusiones de los precios altos o bajos de los alimentos examinadas anteriormente se suma el hecho de que la variabilidad de los precios de los alimentos puede tener efectos importantes incluso si el precio medio se mantiene constante. Esto puede ocurrir cuando las fluctuaciones en la producción de alimentos se vuelven más frecuentes o mayores pero la producción media sigue siendo la misma. Ello daría lugar a variaciones de los precios más frecuentes y significativas, las cuales pueden ser previsibles o imprevisibles. Si el aumento de la variabilidad fuera en gran medida previsible, causaría menos problemas que unos cambios imprevisibles. Sin embargo, las variaciones de los precios en general son menos previsibles de lo que cabría suponer. Por ejemplo, incluso en el caso de la variación estacional que es el ejemplo clásico de fluctuación previsible de los precios de los alimentos, el mes con los precios más altos y más bajos puede variar considerablemente de un año a otro²⁵. Además, incluso las variaciones completamente previsibles de los precios pueden causar problemas a los hogares pobres que no están en condiciones de tomar dinero prestado cuando los precios son elevados y, por tanto, no son capaces de "armonizar" su consumo a lo largo del tiempo. Por consiguiente, en Asia, donde las variaciones estacionales de los precios son relativamente más previsibles que en África, existe de todas formas una preocupación generalizada respecto de la capacidad de los hogares pobres para hacer frente a dichas variaciones durante el período de escasez inmediatamente anterior a la cosecha, a pesar de que ese período es sumamente previsible. Por tanto, aunque el tema central del resto de esta sección sean las fluctuaciones imprevisibles de los precios, cabe señalar que las variaciones previsibles también pueden suponer costos considerables para los pobres.

Antes de examinar algunos de los efectos negativos de la volatilidad de los precios puede ser útil señalar que, al menos en teoría y en algunas circunstancias, los precios volátiles podrían beneficiar de hecho a determinadas personas incluso si sus variaciones no son previsibles. Por ejemplo, los consumidores ricos, que pueden comprar grandes cantidades

de alimentos cuando los precios son reducidos y almacenarlos para su utilización posterior, están en condiciones de comprar más productos alimenticios cuando los precios son bajos y menos cuando los precios son altos, pagando así en promedio un precio menor. Otro ejemplo serían las personas que pueden permitirse adquirir los activos que los hogares más pobres venden a precios muy bajos cuando están desesperados por encontrar fondos, o ante desastres naturales como la sequía²⁶. En general, sin embargo, los costos de los precios inestables e imprevisibles parecerían exceder con creces este tipo de beneficios, especialmente para los pobres que sufren inseguridad alimentaria.

En términos generales, las fluctuaciones imprevisibles de los precios tienen cuatro tipos de consecuencias negativas como mínimo: las trampas de la pobreza y la reducción de las inversiones en las explotaciones agrícolas en el plano microeconómico; efectos macroeconómicos; y repercusiones sobre los procesos políticos (véase el Cuadro 1). Este informe se centra en los efectos microeconómicos para los hogares²⁷.

Trampas de la pobreza

La mayor imprevisibilidad de los precios se traducirá en más coyunturas de precios elevados, aunque habrá también más episodios de precios bajos si el precio medio sigue siendo el mismo. Sin embargo, hay situaciones en que los períodos de precios elevados pueden tener, para los compradores netos de alimentos, consecuencias que los períodos de precios reducidos no logran revertir. Del mismo modo, los períodos de precios bajos pueden tener efectos negativos en las familias de agricultores que no se revierten por períodos de precios altos. Por ejemplo, si los precios de los alimentos básicos aumentan bruscamente durante los primeros 1 000 días de vida de un niño, su consumo de los alimentos más nutritivos puede reducirse. Ello puede causar daños permanentes en la salud y el bienestar nutricional del niño y redundar, en consecuencia, en una menor productividad en la edad adulta. Una nutrición que no llegue a ser óptima puede asimismo determinar una mayor vulnerabilidad al VIH-SIDA²⁸. En los casos mencionados, un período posterior de precios bajos no reparará el daño. En cuanto a los vendedores netos de alimentos, los períodos de precios bajos reducirán temporalmente sus ingresos provocando efectos similares a los registrados por los compradores netos de alimentos durante los períodos de precios altos. En esos casos, los efectos no se revertirán por un período posterior de precios elevados.

CUADRO 1

Efectos de la volatilidad de los precios

Canal	¿A quién o a qué afecta?	Ejemplos
Trampas de la pobreza	Consumidores y agricultores	Mecanismos de adaptación temporales tales como la venta de activos en condiciones desfavorables o una reducción del consumo de alimentos nutritivos que puede tener efectos permanentes
Escasa inversión privada en las explotaciones agrícolas	Agricultores	El menor uso de fertilizantes conduce a una productividad más baja
Efectos macroeconómicos	La volatilidad de los precios de los alimentos reduce la capacidad de los precios para actuar como señal que orienta la asignación de recursos	La inversión no se dirige a los sectores óptimos de la economía, con lo que se reduce el crecimiento económico
Procesos políticos	Instituciones democráticas; crecimiento económico a largo plazo	Disturbios provocados por la escasez de alimentos que afectan al clima de inversión; subvenciones que impiden la inversión en bienes públicos

La disminución temporal de la renta disponible debido a las crisis de precios puede también llevar a las familias a reducir su capital. Por ejemplo, los hogares pueden realizar ventas de tierras o ganado en condiciones desfavorables a fin de mantener su consumo de alimentos frente a una conmoción económica, aunque esto dependerá de la situación: en Burkina Faso, por ejemplo, durante una grave sequía los hogares recortaron el consumo en lugar de vender su ganado²⁹. Otra posibilidad es que las familias realicen menos visitas al médico o retiren a los niños de la escuela con el fin de ahorrar en gastos escolares. En Burkina Faso, la matrícula escolar se ve afectada negativamente por perturbaciones como la sequía; la crisis de precios del cacao provocó consecuencias similares en Côte d'Ivoire³⁰. En Nicaragua, en las zonas afectadas por el huracán Mitch en 1998 los niños enfermos realizaron menos visitas al médico que los de las zonas no afectadas³¹. Estas respuestas pueden redundar en una pérdida de capital humano en los hogares afectados.

Tales situaciones pueden conducir a trampas de la pobreza que comportan que una perturbación que se produce una vez tenga, sin embargo, efectos permanentes. Las trampas de la pobreza pueden ser causadas por una gran variedad de factores: desastres naturales como huracanes o sequías; la desaceleración económica; o conmociones adversas de los precios. Independientemente de la causa última, cualquier factor que socave el poder adquisitivo de los pobres puede tener efectos similares.

Durante la sequía de Zimbabwe de mediados del decenio de 1990, los niños pequeños que vivían en los hogares más pobres acusaron una reducción sustancial de la tasa de crecimiento; varios años más tarde esos niños eran más bajos de lo que hubiera cabido esperar en otras circunstancias³². Estos efectos son especialmente preocupantes porque existe una amplia bibliografía que sugiere que el retraso del crecimiento se asocia a una disminución de la capacidad cognitiva y al progreso escolar más lento durante la niñez, así como a la reducción de los ingresos en la edad adulta³³. En Indonesia, la disminución de las precipitaciones en el año

del nacimiento redujo significativamente la altura alcanzada en la edad adulta por las mujeres y su número de años de escolaridad, así como sus ingresos en la edad adulta; condujo asimismo a una salud más deficiente en la edad adulta³⁴. Existen datos sobre análogas trampas de la pobreza generadas por la sequía en Etiopía y por un huracán en Honduras³⁵. Lo que todos esos estudios tienen en común es que muestran cómo una perturbación no recurrente puede tener efectos permanentes.

■ Reducción de las inversiones en las explotaciones agrícolas

El segundo tipo de efectos negativos de la imprevisibilidad de los precios se refiere a las decisiones sobre la inversión en las explotaciones agrícolas adoptadas en países en desarrollo donde los mercados crediticios no funcionan adecuadamente y los ingresos son muy fluctuantes debido a las condiciones de variabilidad del clima o a la volatilidad de los precios. Si los agricultores no pueden obtener crédito cuando lo necesitan se mostrarán reacios a hacer inversiones productivas³⁶, especialmente aquellas que vinculan el capital por períodos prolongados de tiempo. Ello puede suceder aun cuando los precios son estables, pero la volatilidad de los mismos agravará ese efecto. Por ejemplo, en la India, los agricultores no invierten lo suficiente en bueyes debido a la volatilidad de sus ingresos³⁷. Otras decisiones fundamentales, como la elección de los cultivos, también pueden ser influenciadas por la volatilidad de los precios; tal fue el caso de los agricultores pobres en la región pakistaní del Punjab, que pasaron del cultivo de arroz Basmati, que es relativamente rentable, al de forraje para ganado en un esfuerzo por evitar los riesgos asociados con los precios (y los rendimientos)³⁸. Incluso las inversiones en la utilización de fertilizantes, que ofrecen rendimientos a un plazo relativamente corto, parecen verse afectadas negativamente en determinadas situaciones; por ejemplo, en Etiopía los agricultores se muestran reacios a invertir en dichos productos por temor a verse afectados por una crisis económica³⁹.

Debido al temor a que una crisis de precios adversa pueda llevarles al tipo de trampa de la pobreza que se ha mencionado anteriormente, los pequeños agricultores pobres pueden ser reacios a adoptar las tecnologías que proporcionan una mayor rentabilidad a largo plazo. Por tanto, adoptan una estrategia de bajo riesgo y rendimientos reducidos que puede parecer óptima considerando su aversión al riesgo (la cual se debe, al menos parcialmente, a su pobreza), pero que ralentiza el proceso de desarrollo a largo plazo. Del mismo modo, puesto que gran parte de la inversión es irreversible o comporta costos no recuperables, los inversores tienden a reducirla en un entorno de precios muy imprevisibles.

■ La volatilidad de los precios de los alimentos básicos en los países en desarrollo es particularmente perjudicial

Es probable que la inestabilidad de los precios de los alimentos básicos tenga mayores efectos negativos que la inestabilidad de los precios de otros productos básicos agrícolas, ya que los alimentos básicos son importantes tanto para los agricultores pobres como para los consumidores pobres. Desde la óptica de los consumidores, los alimentos básicos representan una gran proporción del gasto de los pobres. Desde la de los productores, se trata de los cultivos que más se plantan en los países en desarrollo, especialmente en las pequeñas explotaciones.

Entre los alimentos básicos típicos cabe citar el arroz, el trigo, el maíz, el mijo, la yuca y la papa, aunque puede haber otros cultivos que también se consideren básicos (como las cebollas en la India o el chile en Indonesia). La proporción del presupuesto familiar que se destina a estas especias es mucho menor que la de cereales y tubérculos pero sus precios están expuestos a fluctuaciones mucho mayores, por lo que las consecuencias sobre la renta disponible pueden ser considerablemente más significativas. En cambio, en el caso de la mayoría de los cultivos comerciales (como el café o el cacao) los precios inestables tienen escasos efectos en los consumidores de los países en

desarrollo. Si bien cultivos perennes como la palma de aceite constituyen productos básicos, la parte del presupuesto destinada a los mismos es mucho menor que la de que se destina a los alimentos de primera necesidad (alimentos básicos). Esto no quiere decir que la volatilidad de los precios de dichos cultivos no revista importancia para el bienestar de los pobres, sino solo que es probable que tenga menos peso que la de los precios de los alimentos básicos.

También es posible que la inestabilidad de los precios de los alimentos básicos tenga más repercusiones en países de ingresos muy bajos que en los de ingresos más altos, así como en los hogares pobres respecto a otros más acomodados, en las cuatro dimensiones del Cuadro 1. Cabría aducir dos razones principales para ello. En primer lugar, en los países pobres los alimentos representan una proporción mayor del gasto de los consumidores, de la producción agrícola y de la macroeconomía y, por tanto, tienen más repercusiones en los procesos políticos que en los países ricos. En segundo lugar, los pobres disponen de menos activos que los ricos, por lo que están en peores condiciones para evitar la volatilidad de los precios o hacer frente a ella. El corolario es que, a medida que las economías crecen y se desarrollan, la estabilidad de los precios de los alimentos es cada vez menos importante para la inversión y el crecimiento: los consumidores diversifican sus regímenes alimenticios, los productores pasan a producir cultivos de mayor valor y, a medida que las familias dejan las explotaciones agrícolas, la macroeconomía se diversifica.

Pero el hecho de que los costos de la inestabilidad de los precios sean mayores que sus beneficios no implica necesariamente que esta deba reducirse. Antes de afirmar tal cosa es preciso comparar los costos de los precios inestables e imprevisibles con los de la disminución de la inestabilidad o la mitigación de sus efectos. Esa comparación de los costos es de suma importancia para el análisis de las opciones sobre políticas que se abordan en el epígrafe "Opciones en materia de políticas para hacer frente a la volatilidad y los altos precios", página 35 y siguientes.